

## Ensayo sobre el origen del lenguaje

KRK EDICIONES • PENSAMIENTO • 57

*Consejo editorial*

Juan Á. Canal

Ricardo Menéndez Salmón

Ramón Punset Blanco

Luis Manuel Valdés Villanueva

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA  
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

JOHANN GOTTFRIED HERDER

Ensayo sobre el origen del  
lenguaje

Edición de PEDRO RIBAS RIBAS

TÍTULO ORIGINAL

*Abhandlung über den Ursprung der Sprache*, 1771; traducido  
de *Sämtliche Werke*, 33 vols., edición de B. Suphan, Berlin,  
Weidmann'sche Buchhandlung, 1877-1913

© de la edición y traducción: Pedro Ribas Ribas

© de la ilustración de cubierta: Juan Carlos Fonseca

© de esta edición: Krk Ediciones

Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo

www.krkediciones.com

ISBN: 978-84-8367-741-4

D.L.: AS-398-2022

Grafinsa. Oviedo

## Índice

Prólogo	
por PEDRO RIBAS . . . . .	9
Cronología . . . . .	33
Bibliografía . . . . .	39

### ENSAYO SOBRE EL ORIGEN DEL LENGUAJE

#### PRIMERA PARTE

¿Ha podido el hombre, abandonado a sus facultades naturales, inventarse el lenguaje por sí solo? . . .	49
Primera sección . . . . .	51
Segunda sección . . . . .	88
Tercera sección . . . . .	124

#### SEGUNDA PARTE

¿Cuál ha sido el camino más adecuado por el que el hombre ha podido y debido inventar el lenguaje? . . .	191
Primera ley natural. . . . .	194

Segunda ley natural . . . . .	222
Tercera ley natural . . . . .	238
Cuarta ley natural . . . . .	254
ÍNDICE ONOMÁSTICO. . . . .	277
EL EDITOR . . . . .	283

Pedro Ribas

PRÓLOGO





Mohrungen (hoy Morag, Polonia) es el pueblo de la Prusia Oriental en el que nació Johann Gottfried Herder, el 25 de agosto de 1744. Autores alemanes tan destacados como Kant o Hamann procedían de esta misma región. Kant había nacido en Königsberg (hoy Kaliningrado, Rusia) en 1724; Hamann, el llamado «Mago del norte», había nacido igualmente en Königsberg en 1730. Los dos tienen mucho que ver con la formación de Herder: Kant por haber sido profesor suyo, profesor admirado por un estudiante veinte años más joven que él, aunque posteriormente surgirían fuertes discrepancias entre ellos; Hamann, por ser figura esencial del *Sturm und Drang* (tempestad o ímpetu y empuje), movimiento literario y estético prerromántico del que formó parte el joven Herder.

Dadas las inclinaciones del joven, los aspectos de Kant que más le interesaron no eran precisamente los relativos a la teoría del conocimiento, sino las lecciones sobre geografía y, sobre todo, la antropología y la estética. Que el joven de Mohrungen aprovechaba las lecciones de Kant lo demuestra el hecho de que en la edición principal de las obras de éste, la *Akademieausgabe*, se hayan hecho figurar notas de Herder relativas a esas lecciones.

Socialmente, Herder era de clase humilde: su madre procedía de una familia de zapateros; su padre fue maestro de escuela elemental y sacristán. Johann era el último de los cinco hijos de la pareja, dos de los cuales murieron tempranamente. En estas circunstancias, las posibilidades de estudiar y de obtener un título académico dependían de encontrar a personas o instituciones que suplieran las carencias familiares. Afortunadamente para Herder, el pastor protestante de Mohrungen, cuya población apenas sobrepasaba entonces los mil habitantes, asumió inicialmente esta tarea.

Tras la escuela elemental, pasó Herder a la escuela municipal de Mohrungen, cuyo director, Grimm, será recordado por nuestro héroe con gratitud, pero desaprobando tajantemente su método pedagógico. Posteriormente, la cuestión pedagógica será justamente uno de los temas claves en las preocupaciones de Herder, que criticará entre otras cosas el aprendizaje mecánico de la gramática latina, tal como se practicaba en la escuela de Grimm. El diácono Trescho, encargado de la parroquia de Mohrungen desde 1760, se fijó en el joven Herder. El diácono, persona con inquietudes literarias, acogió como a una especie de secretario para sus escritos al joven, que así tuvo a su disposición una biblioteca privada en la que pudo leer a Hamann, Klopstock, Wieland, Rousseau y von Kleist, su poeta preferido.

A los 18 años consiguió apoyo para trasladarse a Königsberg para estudiar medicina y operarse de la rija que padecía (la padeció toda su vida). Pronto descubrió que la medicina no era lo suyo y se matriculó en la facultad de teología, que era entonces la más influyente, a gran distancia de las otras tres:

medicina, derecho y, la más modesta, la cenicienta filosofía, la cual, gracias a multitud de cultivadores en Alemania y a grandes figuras como Kant y otros destacados filósofos, fue ganando terreno a la teología.

Su residencia en Königsberg fue el Collegium Fridericianum, donde también había estudiado Kant. Ya en la universidad, fue precisamente éste el maestro que más cautivó su atención. Las fechas en las que Herder es alumno de Kant (1762-1764) corresponden a la etapa de éste que suele llamarse pre-crítica, la anterior a su disertación *Sobre la forma y los principios del mundo sensible e inteligible* (1770) y a sus *Críticas*, la de 1781, la de 1788 y la de 1790. Pero ya en los años 60 del siglo XVIII era Kant un autor conocido por sus publicaciones. Que Herder tenía una alta opinión sobre Kant lo demuestran textos como el que escribió en la carta 79 de *Cartas sobre el fomento de la humanidad*: «Su filosofía despertaba el pensamiento propio, y no puedo imaginarme nada más exquisito y eficaz a este respecto que su exposición: sus pensamientos parecían

manar de él al instante; había que seguir pensando con él; el dictar, adoctrinar y todo dogmatizar, le eran desconocidos».<sup>1</sup> Ya antes, en el *Diario*, puede apreciarse cuán altamente valoraba al maestro Kant.

El Herder del *Sturm und Drang*, la corriente prerromántica en la que él se inserta de joven, comparte con Hamann elementos tan importantes como el aprecio de la lengua en cuanto esfera expresiva de lo humano. «Tempestad y empuje» es una denominación ya fijada por la historiografía y la crítica literaria y, por tanto, se ha convertido en una convención entre otras, pero es indudablemente un buen sello para caracterizar un estilo desbordado, lleno de metáforas, interrogaciones, exclamaciones y símiles que intentan captar el dinamismo de la naturaleza y reflejarlo en la propia escritura. Esta forma de escribir, tan opuesta al clasicismo ilustrado de Kant o de los enciclopedistas, es manifiesta en el

---

<sup>1</sup> Herder: *Briefe zur Beförderung der Humanität*, Berlin y Weimar, Aufbau Verlag, 1971, 2 vols., vol. 2, pp. 350-351. Esta edición de *Cartas sobre el fomento de la humanidad*, cuyo texto correspondiente se halla en los tomos 17 y 18 de la de Suphan, es más completa y, sobre todo, más elaborada (índices y notas) que esta última.

Herder del *Diario*, del *Ensayo sobre el origen del lenguaje* o de *Otra filosofía de la historia*, obras en las que el ímpetu con que se reivindica la vida con todo su dinamismo contrasta vivamente con el discurso filosófico que la razón ilustrada quiere imponer en el arte, en la literatura, en la ciencia y en todos los ámbitos humanos. La vida, el movimiento, la pasión y los afectos son lo importante para el *Sturm und Drang*, no las reglas que los guardianes del buen gusto y de los cánones del arte pretenden, escudándose en una determinada lectura de los griegos, imponer como norma universal. Esto no significa que Herder se oponga al cosmopolitismo del siglo XVIII para encerrarse en lo local. Ciertamente él defiende una concepción que no resalta las formas universales, sino lo distintivo, lo «nacional», pero no entendido como jerarquía de valores, en el sentido de que una nación valga más que otra, sino como expresión, cada una de ellas, de la rica variedad humana, siempre dentro de la unidad de la especie. No hay que olvidar que, en este terreno, el influjo de Herder, o de aquella modalidad de crí-

tica cultural que él hizo posible, desde el *Sturm und Drang* hasta fines del siglo XIX, será tan profundo como decisivo. Herder contribuye a derribar el concepto de absoluto de la cultura como una tradición única compuesta de modelos y dechados universalmente válidos. Él nos descubre una pluralidad de culturas, cada una de ellas arraigada en una nación y un pueblo, o en un folklore, o en una psicología «diferente». Sin tal modalidad de pensar sería difícil concebir el renacimiento durante el siglo XIX, no ya del amor a la poesía popular, o a los teatros y músicas nacionales, sino de idiomas y literaturas enteras, del este al oeste de Europa, anteriormente despreciadas y sometidas a criterios represivos.

## EL LENGUAJE

Aparte de su labor de predicador, con la que adquirió fama de buen orador, Herder comenzó pronto a descollar como escritor. A sus 23 años, en 1767, publica anónimamente, como se hacía a menudo en la época, *Sobre la literatura alemana reciente. Fragmentos*. Ya se observa aquí la centrali-

Ensayo sobre el origen del lenguaje

*[Abhandlung über den Ursprung der Sprache]*





*Vocabula sunt notae rerum*

Cicerón<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Cicerón, *Ad C. Trebatium Topica*, VIII, 35; traducción: «Las palabras son signos de las cosas».



PRIMERA PARTE

¿Ha podido el hombre, abandonado  
a sus facultades naturales, inventarse  
el lenguaje por sí solo?



## Primera sección

Incluso considerado como animal, el hombre posee lenguaje. Todas las sensaciones intensas de su cuerpo, y las más intensas de entre las intensas, las dolorosas; todas las pasiones fuertes de su alma, se manifiestan de forma inmediata en gritos, en voces, en sonidos salvajes, inarticulados. Cuando el dolor ataca, tanto el animal que sufre como el héroe Filoctetes se quejarán, gemirán. Y ello aunque estuviesen abandonados en una isla desierta, sin ver a un semejante compasivo, sin tener señales o esperanza del mismo. Es como si respirara más libremente dando salida a la exhalación ardiente, angustiada. Es como si, al llenar con gemidos los aires insensibles, se quitara parte de su dolor y absorbiera nuevas fuerzas para soportar el sufrimiento. ¡La naturaleza no nos ha creado como rocas aisladas, como mónadas egoístas! Incluso las más finas cuerdas del sentir animal (me veo obligado

a utilizar esta metáfora porque no conozco otra mejor para el funcionamiento de los cuerpos sensibles), incluso las cuerdas cuyo sonido y esfuerzo no proceden de la voluntad ni de una serena consideración, más todavía, cuya naturaleza no ha podido ser aún investigada por ninguna razón escrutadora, incluso éstas dirigen todo su sonido a la propia exteriorización ante otros seres, independientemente de la conciencia de simpatías ajenas. La cuerda tocada cumple su deber natural, ¡suena! Llama en busca de un eco que comparta sus sentimientos, aunque no lo haya, aunque no espere que alguien le responda.

Si la fisiología llegara tan lejos como para demostrar la doctrina del alma, cosa de la que dudo mucho, arrojaría no poca luz sobre este fenómeno partiendo del análisis de la estructura nerviosa, pero quizá también lo descompondría en aspectos individuales, excesivamente pequeños y amorfos. Tomémoslo ahora, globalmente, como una ley de la naturaleza: ahí tenemos un ser sensible, incapaz de encerrar en sí ninguna de sus sensaciones vivas, que al primer momento de sorpresa se ve obligado, in-

cluso sin quererlo ni pretenderlo, a exteriorizarlas en voz alta. Fue, por así decirlo, una última impresión maternal de la mano creadora de la naturaleza la que dio a todos los seres del mundo esta ley: «No sientas para ti solo, sino que tu sentimiento suene». Y como esta última impresión creadora fue peculiar a todos los de una misma especie, la ley resultó bendición: «Sea tu sensación peculiar de tu especie y que la perciban todos compartiéndola como uno solo». No se le dé más vueltas. Este ser débil y sensible no está solo, aunque parezca aislado, solitario y expuesto a todas las adversas tormentas del mundo; se halla tiernamente enlazado a la naturaleza entera. Pero ésta ha ocultado en esas cuerdas acentos que, una vez estimulados y avisados, despiertan, por su parte, a otros seres de constitución igualmente tierna, acentos capaces, como a través de una cadena invisible, de transmitir señales a un corazón alejado y de hacer sentir los sentimientos de esa criatura no vista. Tales suspiros y tonos constituyen el lenguaje. Existe, pues, un lenguaje sensitivo que constituye una ley natural inmediata.



Más que los estallidos brutales, son ahora ciertos restos los que atestiguan que el hombre comparte dicho lenguaje con los animales. Pero esos restos son irrepetibles. Es posible que nuestro lenguaje artificial haya desplazado el natural, que nuestro modo de vida cívico y nuestra conducta social hayan refrenado, desecado y desviado cuanto se quiera el oleaje del mar de nuestras pasiones, pero el más violento instante de la sensación, dondequiera que se halle y por muy infrecuente que sea, sigue tomándose su derecho y haciendo resonar sus acentos de forma inmediata en el lenguaje materno. Cuando la furiosa tormenta de una pasión, la repentina irrupción de gozo o alegría, de dolor o aflicción, cavan profundos surcos en el alma, al igual que el avasallador sentimiento de venganza, desesperación, ira, miedo, horror, etcétera, todos se manifiestan, cada uno según su índole propia. A las diferentes especies de sensibilidad que dormitan en nuestra naturaleza corresponde igual variedad de tonos. Así, observo que cuanto menos afinidad guarda la naturaleza humana con una clase de animales, tanto más heterogénea es

la contextura nerviosa de ésta respecto de aquélla y tanto menos comprensible nos es su lenguaje natural. Como animales de tierra, entendemos mejor a los animales terrestres que a los marinos y, en la tierra, mejor a los gregarios que a los selváticos, y, entre los gregarios, son los más próximos los más conocidos por nosotros. La costumbre y el trato desempeñan, cómo no, un papel más o menos importante en este último caso. Es natural que el árabe, que se halla identificado con su caballo, lo comprenda mejor que quien va a caballo por primera vez; el árabe habla con él casi tan bien como podía hacerlo Héctor con el suyo en la *Iliada*. Al árabe del desierto, que no tiene en torno suyo más seres vivos que su camello y quizá el vuelo de pájaros errantes, le es más fácil que a nosotros en nuestras casas entender la naturaleza del primero y creer que entiende el griterío de los últimos. El hijo del bosque, el cazador, comprende la voz del ciervo, como el lapón comprende la del reno. Pero todo esto es derivado o es excepción. En rigor, ese lenguaje natural es un lenguaje propio de cada especie y por ello posee el hombre también el suyo.